





GREEN, Alfred E.

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

23

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE -Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

La Danzarina de Montmartre

(THE GIRL FROM MONTMARTRE, 1926)

Sentimental asunto,

interpretado por la malograda actriz

BÁRBARA LA MARR

y el gran actor LEWIS STONE

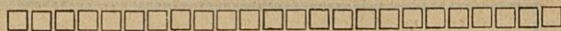
PRODUCCION. FIRST NATIONAL

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona



La Danzarina de Montmartre

Argumento de la película

Vivía París las rojas horas de la guerra. Y tal vez porque creyera invencible la muralla de pechos que cerraba el paso al invasor, sobreponiéndose a sus dolores, reía y lloraba.

Un público heterogéneo invadía las noches "El Ratón Rojo", un cabaret encaramado en las alturas de Montmartre.

Entre los concurrentes se hallaban, cierta noche Lord Robert Hautrive, que había sido uno de los primeros en acudir al llamamiento de Inglaterra, y su hermano Jerome Hautrive que, habiendo abandonado su arte de pintor, había ido a sumarse a los actores de la tragedia más sangrienta que presenciaron los tiempos.

Los dos militares gozaban aquellos días de una licencia y entretenían sus ocios en París.

Jerome gustaba de frecuentar durante

aquellas vacaciones el cabaret "El Ratón Rojo" lo que ponía fuera de sí a su hermano, rígido e impecable gentleman.

—Vámonos ya, Jerome. No sé como me he dejado arrastrar por ti a este rincón abominable — le dijo Robert, escuchando los gritos con que el público acogía la presencia en el tablado de una bailarina enmascarada.

—No quiero marcharme — dijo Jerome—. Me seduce esa rara mujer. ¿Quién será?

La danzarina tenía por pareja un hombre que llevaba también cubierto el rostro.

Jerome preguntó a uno de los mozos del café sobre la personalidad de la bailarina.

—Es mitad yanqui y mitad española, señor.

—¿Y se sabe algo más de ella?

—Sí, refieren cierta historia, que se dedica a esta vida para aliviar la suerte de dos hermanos suyos que están peleando en las fuerzas expedicionarias americanas.

—¿Quién es su compañero de baile?

—Dicen que es su marido..., un bailarín de una vaga república de Centro América... o tal vez de California.

—Bien, gracias.

Y Jerome prosiguió mirando a la misteriosa mujer que, habiendo descendido del tablado, bailaba ahora por entre las mesas.

—Hay en toda ella un sello de raza, de señora — advirtió Jerome—. O mucho me equivoco o no ha nacido esa mujer para este género de vida.

La linda tapada se detuvo unos instantes ante el militar y a través de la careta le contempló apasionadamente con sus ojos negros.

El se sintió turbado por esta mirada suave...

Lord Robert protestaba de que permaneciese aún allí. ¡Aquel ambiente era irrespirable!

La danzarina y su compañero siguieron bailando por la sala y de pronto unos soldados comenzaron a bromear contra el danzarín.

—¡Hace bien en taparse la cara! ¡Bailando mientras los demás se rompen el pecho en las trincheras! ¡Muy bonito!

—¡Es un emboscado!

—¿Por qué no llevas el uniforme en vez de ir vestido de mamarracho? ¿Te molesta, acaso, el ruido del cañón, cobarde?

De las palabras pasaron a los hechos, comenzaron a tirar contra el bailarín copas y platos. Arreció fuertemente el escándalo... La danzarina y su compañero quisieron retirarse a su camarín ante el insoportable griterío con que eran acogidos, y de pronto sonó un disparo y el hombre enmascarado cayó al suelo para no levantar-

se nunca. La bala de uno de los clientes le había partido el corazón.

Jerome se levantó, impidiendo que las gentes alborotadas se lanzaran ahora contra la enmascarada bailarina que lloraba junto al cadáver de su marido. La pobre mujer se retorció de desesperación. No, su esposo no era ningún emboscado, puesto que le faltaba la mano derecha, cuya amputación ocultaba bajo un molde artificial.

Jerome quiso ir a consolarla, pero su hermano, apartándole rudamente, le dijo:

—¡Anda, Jerome, marchémonos en seguida, no vaya a ser que nos vean mezclados en este bochornoso escándalo!

Jerome bajó la cabeza y comprendiendo que su hermano tenía razón, abandonó presuntamente el cabaret lanzando una última mirada a la hermosa mujer que no había abandonado el antifaz. ¿Quién sería?

Poco después de haber ellos partido, llegaba la policía, procediendo a la investigación de los autores de aquella reyerta vulgar.

**

Pasó el tiempo... Nos hallamos ya lejos de aquellos días dolorosos. Es ahora un pueblecito de América, un pueblecito que

antño atravesara Balboa con su odisea fabulosa, tierra tendida voluptuosamente en las riberas de oro del mar Pacífico... pueblo exótico y extraño en donde aun subsistían los usos y vestimentas de los antiguos criollos españoles.

La danzarina de Montmartre había regresado de Francia. Su nombre era Aurora Silver. Ocultaba la tragedia que ensombreció su vida, la dolorosa muerte de su esposo. Un velo de melancolía hacía interesantes sus ojos bellísimos.

Los dos hermanos de Aurora que habían regresado del frente de batalla, eran la única ilusión de la ey bailarina.

Lorenzo, el hermano mayor de Aurora, era operador de una estación inalámbrica del estado de Baja California. Rodney, el menor, desde su regreso del frente no había sabido adaptarse a su antigua vida de honradez y de trabajo.

Ciertas vecinas mostraban gran prevención contra Aurora. Al verla pasar murmuraban:

—Dicen que su marido tuvo una muerte vergonzosa en un sitio de muy mala fama de París...

Pero ella, abstraída en su interior, no hacía caso de aquella actitud hostil.

Rodney pasaba la mayor parte de los días en el Casino de don Angel, lugar de cita de la juventud ociosa del pueblo. Y estaba al servicio de Jack Ewing, un aventurero

inglés, entre cuyos dedos inteligentes la carta más modesta se convertía en triunfo.

Cierto día, después de haber desplumado Ewing y Rodney a una porción de incautos que dejaron en el casino su dinero, sin comprender que les cazaban con trampa, Ewing dijo a su cómplice entregándole unos billetes:

—Toma tu parte de lo que se ha sacado en el juego. Con ese dinero podrás hacerle otro buen regalo a tu linda hermanita.

—Se lo haré...

—Oye, todavía no me has invitado a comer en tu casa. ¿Por qué no me llevas? Tendría mucho gusto en ver otra vez a tu hermana Aurora.

—Ven conmigo y date por invitado.

Los dos hombres se dirigieron hacia el domicilio de Aurora. Se hallaba situada la casa sobre un cerro que dominaba el pueblo, acariciada por la brisa del mar y el aliento de las flores.

Terminada la guerra, Jerome Hautrive había seguido su antigua vocación de artista, y en busca de sensaciones estéticas había llegado a aquel pueblo de ensueño e inspiración.

Paseaba en automóvil por la carretera cercana a la vivienda de Aurora. Descendió del coche para ponerle agua al recalentado radiador. Vió un jardín y en él una fuente. Encontrando un cazo lo llenó de

agua. Luego de haber arreglado el "auto", tuvo sed y volvió a la fuente para beber. Al beber notó que el agua tenía un gusto ácido.

Escuchó risas y al alzar la cabeza, vió a una hermosa mujer que estaba encaramada en la copa de un árbol y exprimía tranquilamente una naranja contra él.

—¡Caramba... preciosa! — dijo él, riendo.

Aurora, que ésta era la mujer, bajó del árbol, sonriente. Y de pronto palideció intensamente al reconocer a aquel hombre... No había podido olvidar al antiguo soldado, su gesto de distinción visto varias veces seguidas en el cabaret de Montmartre. ¡Y ahora aquel hombre estaba allí!

Como ella había llevado siempre careta, Jerome no la conoció y así sonrió alegremente sin acordarse para nada de la danzarina enmascarada de Francia.

—Este pueblo es una maravilla. Las mujeres caen de los árboles — dijo riendo.

—¿Es usted forastero? — preguntó Aurora.

—Sí... me he enamorado de este pueblo de luz ...y me parece que me enamoraré también de algo más.

Ella le dió de beber el agua pura de la fuente. Estuvieron hablando durante un rato hasta que el antiguo militar se despidió de Aurora. Encontraba encantadora la conversación con aquella linda criatura.

Aurora regresó al interior de su casa con una inmensa alegría por haber hablado con aquel hombre que allá en París la había turbado con el encanto agradable de sus ojos y defendido en un momento peligroso. Por suerte él no la había reconocido. ¡Qué vergüenza de haberse él enterado que aquella chiquilla honesta y lista del pueblo era nada menos que la bailarina de Montmartre!

Poco después Rodney y Ewing llegaban a casa de Aurora.

Comieron los tres alegremente, aunque en el fondo Aurora tenía el alma muy distanciada de allí, pensando en el apuesto y arrogante militar. Ewing le inspiraba poca simpatía a pesar de los constantes elogios que de él hacía Rodney.

Ewing estaba enamorado de Aurora y se desesperaba viendo la frialdad con que ella acogía sus insinuaciones.

Después de la cena, Ewing marchó con Rodney. Por el camino Ewing le dijo:

—Un pintor inglés que acababa de llegar al pueblo me ha contratado en calidad de guía. Parece que está forrado de libras esterlinas. Inútil decirte que dejaré a tus manos el cuidado de desplumarlo concienzudamente.

—Puedes contar conmigo — repuso Rodney.

Se despidieron para encontrarse de nue-

vo en el Casino de don Angel, su punto de reunión...

Aquella noche llegaba al Casino Jerome en compañía de Ewing. Este le invitó con otros individuos a jugar. Les faltaba, sin embargo, un jugador para completar la partida.

Viendo en otra mesa a Rodney, Ewing fué a su encuentro para que jugase con ellos. Pero este muchacho había contemplado de lejos a Jerome y su rostro estaba melancólico.

—No, no me sería posible jugar con él — le dijo—. Le conozco aunque él no se acuerda de mí. Mandaba mi regimiento en Francia...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Toda mi ambición en aquellos días era parecerme a él...

—No te pongas sentimental, chico. No te sienta bien. Déjate, pues, de tonterías y ayúdame en la noble tarea de desplumar delicadamente el bizarro ex coronel británico.

—No insistas. Es inútil.

Furioso y extrañado por su negativa, Ewing se dirigió a otro concurrente a la taberna y que era también su cómplice, le dijo algo en voz baja y marchó con él a la mesa donde confiadamente esperaba Jerome.

—Podemos jugar ya, señores — dijo Ewing...

Y empezó la partida. Ewing y su cómplice combinaban para desplumar al forastero. Este parecía no darse cuenta de la hazaña.

Rodney cerca de allí contemplaba el desarrollo del jartido. Y en su conciencia una voz enérgica protestaba. ¡Su amado militar, espejo de gentleman, solo contra aquella banda de granujas!

Jerome perdía. De pronto sorprendió unas miradas, unos signos entre Ewing y su compinche y descubrió que en el dorso de algunas cartas había unos signos.

Volvió a perder y levantándose, desdeñosamente gritó:

—Caballeros, ¿para qué seguir jugando si conozco tan bien como ustedes las cartas marcadas?

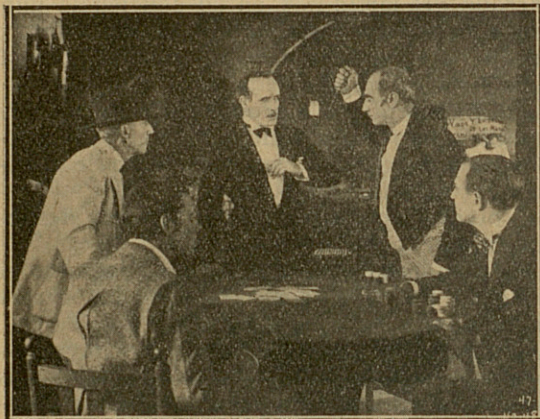
—¿Qué dice usted? ¿Cómo se atreve? — protestó el cómplice. Y hombre brutal esgrimió un cuchillo contra Jerome. Este se apartó para defenderse contra aquella pandilla de miserables. Ewing aparecía en actitud pasiva...

Inicióse un verdadero asalto contra el forastero. Varios hombres quisieron lanzarse contra Jerome. Este se defendía brava y valerosamente.

Sus enemigos eran en mayor número y lo hubiera pasado mal probablemente, si alguien, Rodney, no apagara las luces y llevándole de la mano le guiara al exterior de la taberna, cerrando después con llave la

puerta para que no pudieran perseguirle.

En la oscuridad sonaron gritos y fogonazos...



—...¿para qué seguir jugando si conozco tan bien como ustedes las cartas marcadas?

—¡Que traigan lámparas, velas... lo que sea! — gritaba don Angel, el dueño del garito.

Jerome se había sentido protegido en la oscuridad por aquella mano amiga. ¿Quién era aquel ser que tan generosamente se interesaba por él?

Se encontraba desorientado ante la taberna, junto a una ventana cuando escuchó una voz que le decía desde el interior:

—Sñor, permítame que le dé un consejo. Márchese de este pueblo. Es gente rencorosa que le jugará una mala partida...

—Gracias, amigo mío — respondió Jerome—. Pero que sepa al menos el nombre de quien me ha prestado tan excelente servicio.

—No... no quiero decírselo — contestó Rodney, su protector, avergonzado.

—Bueno, respetaré su secreto. Pero permítame que le estreche la mano...

—Eso sí...

Y por entre los barrotes de la ventana le tendió una mano que el militar apretó con fuerza viendo en sus dedos una hermosa sortija...

Luego Jerome partió lentamente hacia el hotel donde se hospedaba.

En la taberna se habían de nuevo encendido las luces. Todos buscaban al desaparecido inglés. Ewing viendo a Rodney junto a la puerta y que ésta aparecía cerrada por dentro, le preguntó:

—Dime, ¿tú sabes cómo pudo escabullirse Hautrive?

—Nada sé, amigo mío...

Y salió alejándose también de aquella atmósfera de corrupción que, por primera vez, le repugnaba.

**
**

Al día siguiente, Jerome escribió esta carta:

"Sr. Jack Ewing.

Muy señor mío: Creo que la escena de anoche me dispensa de toda explicación.

El cheque adjunto liquidará, así lo espero, la deuda que haya contraído con usted.

Queda de usted suyo afmo.

Jerome Hautrive."

Entró un individuo de aspecto miserable y raído, con sombrero de copa y un látigo: un cochero.

—He leído su anuncio, señor — le dijo—. Y vengo a ofrecerme...

Jerome leyó el periódico en que él había hecho insertar esta noticia:

"Se solicita chauffeur-criado para turista. Debe conocer perfectamente el inglés y el español. Indispensable buenas referencias. Presentarse cuarto 12. Hotel Robinsón."

—Soy el mejor cochero del país — dijo el recién venido —. ¡Como que no hay otro! Y ese coche que ve usted ahí, hace veinte años que lo conduzco.

Y le mostró a través de la ventana un desvencijado carruaje con caballo esquelético.

Jerome se echó a reír...

—No me interesa. Tendríamos "panne" cada cinco minutos — le dijo.

Y el buen Domingo, que tal era el nombre del cochero, se alejó asombrado de que sus servicios no fuesen considerados como se debía.

Poco después se presentaba otro solitante.

Era Rodney Silver, quien se quedó maravillado al ver a Jerome. El había hecho el propósito desde la noche anterior de trabajar honradamente, y la casualidad le ponía ante el hombre que le había inspirado su noble deseo.

A Jerome le fué simpático su aspecto. Y de pronto, descubrió en uno de sus dedos aquella sortija que la última noche le había llamado su atención. Aquel joven era, pues, su salvador.

—¿Cómo se llama usted? — le preguntó.

—Rodney... Brown, señor...

—¿Tiene usted informes?

—Sí, aquí tiene usted una referencia de la Hispano-Suiza, de París. Fuí mecánico. También conduje.

Le entregó unos papeles.

Los examinó Jerome, y luego le dijo:

—Según veo, estuvo usted en la guerra...

—Sí, señor... con el ejército inglés...

Sonrió Jerome. ¡Inglés! ¡Bravo!

—Esta última referencia basta — le dijo —. Le tomo a doscientas cincuenta libras

al año. ¿Puede usted empezar ya a prestar sus servicios?

—Sí, señor...

—Pues mire, hágame el obsequio de poner un poco en orden mis cosas. Vaya usted a mi habitación y arréglela.

El muchacho desapareció, contento del nuevo empleo que le llevaba a la vida de trabajo...

Unos minutos después, Ewing, con aquella osadía de que hacía gala, entró en el despacho de Jerome.

—Le felicito por lo oportuno que estuvo usted anoche — le dijo con cinismo —. Si no llega usted a desaparecer tan rápidamente, aquellos tunantes le juegan un mal tanto.

Jerome le contempló con repugnancia. Y aquel hombre, indudablemente cómplice de la celada, tenía el atrevimiento de presentarse allí.

—Tenía una carta para usted — le dijo —. Lea...

Y le entregó el escrito y el cheque.

—Pero, señor Jerome, yo le aseguro a usted que...

—Ni una palabra más. No necesito ya sus servicios.

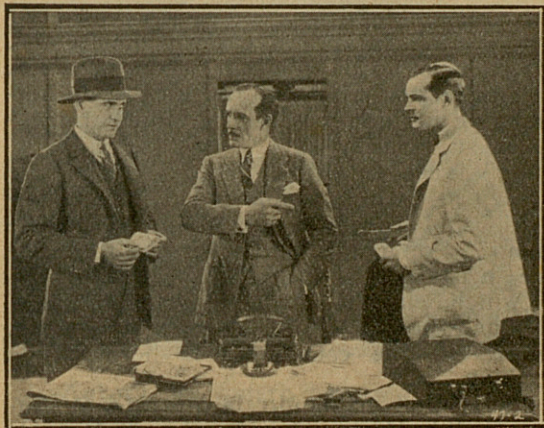
Rodney entró en la habitación. Había encontrado entre las ropas de Jerome un rollo de billetes y venía a entregárselos.

Al ver a Ewing no pudo evitar un movi-

miento de sorpresa que no fué menor que el que experimentó el antiguo guía.

—Mi nuevo chofer y guía — dijo Jerome, tranquilamente.

Ewing sonrió y se alejó de allí enfurecido por lo que suponía una traición.



—Mi nuevo chofer y guía...

Una hora más tarde, Ewing, ni corto ni perezoso fué a comunicar a Aurora la importante nueva.

—¿Sabe usted que Rodney ha encontrado un empleo? —le dijo—. Es chofer de un tal Jerome... y ha tomado el nombre de Brown.

—¡Cuánto me alegro! — dijo la muchacha —. ¡Que trabaje, este es mi deseo mayor!

—Sí, es un empleo muy bueno — insistió Ewing — que está a merced de que yo diga a Ewing... lo que hacía su hermana Aurora en París, durante la guerra.

—¡Miserable!

—Aurora, yo quiero casarme con usted. Mi silencio he de comprarlo con su amor. Si no quiere, Jerome sabrá quién es la hermana de Rodney y lo echará inmediatamente de su casa...

—¡Váyase de aquí!

Alejóse Ewing, y ella quedó preocupadísima. ¿Quién sería el nuevo amo de su hermano? ¿Por qué había de perseguirle siempre su pasado?

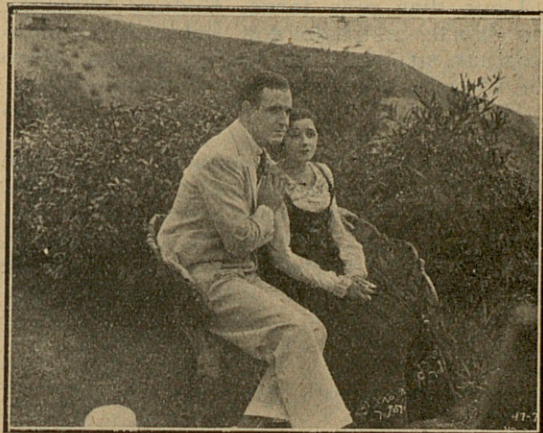
Aquella misma tarde Jerome se hacía conducir por su chofer a casa de Aurora, ignorando que ésta fuese la hermana de Rodney.

Estuvieron hablando largo rato y Aurora palideció de emoción al enterarse de que el amo de Rodney era nada menos que el militar a quien ella admiraba en silencio.

Jerome sentía una gran simpatía por la muchacha. Y en sus sueños de hombre soltero y maduro, Aurora, a quien consideraba una virgen pura y sin mancilla, le parecía algo excepcional.

Ella, temblorosa, pensando en el maldito pasado, sintiéndose a pesar de todo atraí-

da hacia Jerome, fué a acompañarle hasta el coche. Nada quiso decir a Rodney que estaba ante el volante y que simuló no co-



—Aurora, yo quiero casarme con usted.

nocerla. A ninguno de los dos le convenía hablar. Rodney sabía también la mala fama de que gozaba su hermanita. ¡Y aquel señor era tan serio!

Cuando partieron, Jerome dijo a su chofer:

—¿Conoce usted a Aurora?

—De vista. Tiene dos hermanos. Uno de ellos es operador de T. S. H... en cuanto

al otro, es un dejado de la mano de Dios — agregó, riendo.

Y aceleró la velocidad del automóvil corriendo rápido por la carretera.

Unos días más tarde, Rodney enfermó. Un fuerte resfriado con fiebre le impidió efectuar su labor. Y por su propio deseo fué trasladado a casa de su hermana.

Domíngó, el cochero del pueblo, le llevó allí.

—Está muy enfermo, señorita. El me dijo que le trajera aquí... — explicó a Aurora.

Inmediatamente guardó cama. Un médico diagnosticó una congestión pulmonar. Estaba grave. Probablemente los aires de la montaña le habían herido como un zapazo.

*
**

Pasó algún tiempo. Rodney mejoró notablemente, aunque todavía no salía del cuarto.

La inesperada llegada de Lord Robert Hautrive, a quien había dejado veraneando en las islas Bahamas, había distraído la atención de Jerome de su chofer enfermo y de otros asuntos con él relacionados.

Lord Robert, hombre exigente, le decía una mañana:

—En cuanto a esa famosa Aurora de la cual me has contado en tus cartas tantas

alabanzas, me he informado ya en el hotel... ¡y me han dicho de ella horrores!

—No hay nada de eso, hermanito. Aurora es una excelente muchacha que me tiene loco.

—Jerome, por el tono de tu última carta, comprendí que estabas a punto de embarcarte en una aventura peligrosa... y he venido a impedirlo.

—Bueno. Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora vamos a ocuparnos del pobre Rodney del cual me he descuidado bastante. El cochero me dió estas señas. Vamos, pues, allá.

Subieron a un automóvil y se dirigieron a casa de Aurora.

A Jerome no dejó de extrañarle que las señas de Rodney fueran las mismas que las de Aurora.

Llamó a la casa y apareció Aurora a quien dijo:

—Estoy buscando la casa de Rodney Brown, señorita. Sin duda, estas señas que me han dado son inexactas.

Ella rió y dijo alegremente:

—¿Para qué disimular más la verdad, señor Jerome? Rodney está arriba, en su alcoba. Es mi hermano.

—¿Su hermano? ¿Por qué no me lo dijo antes? — protestó él —. ¡Qué inmensa alegría siento, Aurora!... En fin, bueno es que le deba mi vida a Rodney, pero no está bien que le deba tres semanas de salario.

Lord Robert, no queriendo permanecer más ante Aurora, salió de la casa y esperó en el coche. ¡Semejante gentuza!

Entró en aquel momento en la casa Ewing, quien al ver a Jerome le dijo con altanería:

—Buenas tardes, Jerome ¡Y usted, Aurora, tendría que tener más orgullo y no tomar así el dinero del primer venido como lo hace!

Jerome se adelantó y le dijo:

—Ese dinero pertenece legítimamente a Rodney. ¿Y quién le ha autorizado a inmiscuirse en asuntos que no le incumben, señor Ewing?

—De modo que se sirve usted del hermano para llegar a la hermana, ¿no es eso?

—agregó Ewing.

—¡Miserable!

—Salga de aquí inmediatamente — gritó Aurora, indignada por las pérfidas insinuaciones de aquel infame.

—¡Sí, me voy... pero tal vez se arrepienta usted, Aurora!

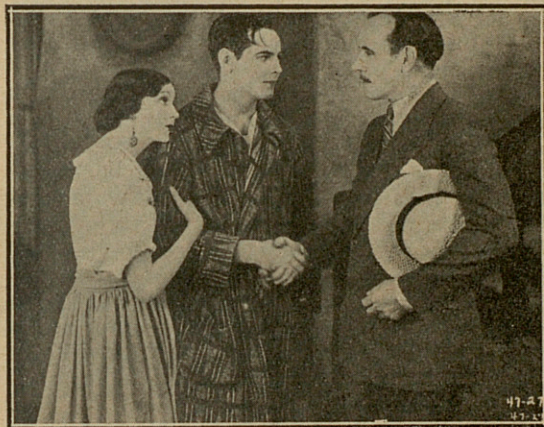
Cuando hubo desaparecido, y después de explicar Aurora que Ewing la cortejaba, Jerome entró en la habitación donde estaba Rodney. Hablaron un rato y el muchacho se sintió conmovido por la deferencia de su principal...

Luego al alejarse, Jerome dijo a Aurora:

—¿Me permitirá usted que vuelva uno de estos días para bocetar su precioso jardín?

—Con mucho gusto.

Y en días sucesivos el artista pintó varios rincones de aquel jardín. Y se sentía admirablemente conmovido junto a Aurora. Le parecían absurdos los rumores que circula-



...el muchacho se sintió conmovido...

ban respecto de ella. Y Aurora sentía que cada vez amaba más a Jerome, aunque su vida pasada le apartaba de él.

Por aquellas fechas llegó Lorenzo, el hermano telegrafista, quien se mostró muy preocupado al conocer la amistad existente entre el ilustre prócer y Aurora. ¡Malo, malo!...

Una tarde, en el jardín, Aurora se encontraba al lado de Jerome. Este le mostraba un álbum de recuerdos de París. Ella vió de pronto, su propio dibujo, el de la bailarina enmascarada sobre el tablado de Montmartre, que una noche había trazado el lápiz del aristócrata.

—¿Quién es esa mujer? — preguntó ella atemorizada.

—Una mujer fascinadora, aunque de la peor especie — dijo Jerome —. Bailaba muy ligerita de ropa en un cabaret infecto de Montmartre. Por allá decían que hacía ese oficio para aliviar la suerte de dos hermanos suyos que estaban en el frente.

—Tal vez... fuera cierto — respondió ella, temblorosa.

—No lo creo. Es imposible concebir la idea de una mujer decente, respirando la atmósfera de baja crápula del "Ratón Rojo".

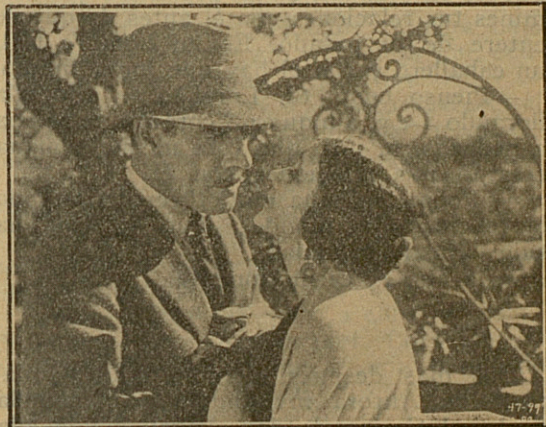
—¡Pobre mujer! — dijo Aurora —. Hay que compadecerla. Y dígame. ¿Y si yo fuera como... ella?

—¡Eso es imposible, Aurora! — contestó sorprendido —. ¡Sus ojos me están proclamando ahora la belleza, la honestidad de su alma! Aurora, no hablemos de esas cosas. Yo la amo, ¿se quiere usted casar conmigo?

Ella calló y las lágrimas aparecieron en su rostro. ¡Amaba a Jerome... pero nunca

podría decírselo! ¡Le separaba su pasado de crápula de aquel noble caballero!

—No... no — respondió llorando —. ¡Es imposible!



—¡Sus ojos me están proclamando ahora la belleza, la honestidad de su alma!

—¿Por qué? ¿Puede usted darme la razón de su negativa? Sin embargo, yo pienso que no le soy indiferente.

—¡Oh, Jerome, me falta valor! ¡Ya le diré mis razones... otro día!

Y le dejó llorando amargamente. Jerome, extrañado, partió de allí. ¿Por qué aquella negativa?

Aurora habló a su hermano Lorenzo de las relaciones con Jerome.

Y éste le dijo:

—Desgraciadamente, tú sabes que no puedes casarte con él. Es preferible que termines tus relaciones con él antes de que se entere de tu pasado. Es un hombre leal, un caballero y con él hay que jugar limpio.

—Pienso como tú, Lorenzo — dijo ella llorando —, y, aunque mi corazón se rompa a pedazos, te juro que esta misma semana cesarán mis relaciones con él.

—¡Pobre hermana mía! ¡Merecerías toda la felicidad del mundo! ¡Pero la vida ha sido para ti tan mala!

Y la abrazó cariñosamente.

*
**

Dos días después, Jerome recibía una carta de Aurora invitándole a ir aquella noche al Casino de don Angel, donde ella le explicaría las razones que motivaban su negativa.

Jerome, intrigado, fué allí acompañado de su hermano Lord Robert, que en vano quería alejarle del pueblo.

El casino era infecto. Lord Robert estaba furioso. ¡Ir a sitios así!

De pronto, se descorrió el telón y apareció una bailarina en el tablado. Era Aurora que vestía el mismo traje y la misma máscara que allá en Montmartre.

—Es la danzarina enmascarada del "Ratón Rojo" — dijo Jerome, sorprendido. Y la vió bailar una danza epiléptica, canallesca... ¿Qué hacía allí aquella mujer? ¿Qué misterio ocultaban sus facciones?

Y cuando terminó el baile, Aurora bajó del tablado y se dirigió a la mesa que ocupaban los dos hermanos Hautrive.

Quitóse el antifaz y su rostro apareció al descubierto. Ninguno de los dos hermanos pudo ocultar un gesto de asombro. ¡Aurora, allí, convertida en danzarina! Especialmente Jerome, creía estar soñando.

—¡Ahora, Jerome — dijo ella con una sonrisa de doloroso sacrificio —, espero que haya comprendido mis razones!

Sentóse a la mesa junto a ellos bromeando con un cinismo aterrador. Lord Robert estaba indignado. ¡Tener a una mujer de aquella especie a su lado!

Apareció don Angel y dijo:

—No se detenga aquí mucho, señorita. Ya sabe usted que tiene que dar la vuelta al salón y hacer el mayor número de consumiciones.

—¡Ah, tiene razón... y adiós, señores! ¡Y brindo por ustedes! — dijo, bebiendo una copa.

Y fué a marchar, pero Jerome que no podía comprender aquella actitud insospechada, estúpida, le dijo:

—Volveré más tarde. Tengo que hablar con usted a solas.

—¿A mí? ¡Oh, no, no es posible! ¡Me debo a tanta gente!

Y se alejó riendo estúpidamente.

—¿Y bien? — le dijo su hermano—. ¿No te dije que ibas a hacer una insigne locura? ¡No me arrepiento de mi viaje!

—¡Ya puedes irte al mismísimo diablo! — protestó Jerome.

Y los dos marcharon del casino, yéndose al hotel.

Ya en su habitación, Jerome dijo a Rodney, que ya restablecido del todo le aguardaba.

—Aurora está bailando en el cafetín de don Angel y codeándose con toda aquella chusma. Pero tenga calma, Rodney. Vaya al cafetín y espéreme hasta que yo llegue. Yo entretanto estudiaré mi plan para sacarla de allí.

—¡Mi hermana está loca! ¡Ir allá, volver a la vida de danzarina! — gimió el chofer.

Y él, entonces, explicó a Jerome la vida en París de su hermana, su sacrificio para ganar algún dinero y aliviar de esta suerte la vida de él y la de Lorenzo. Pero en el fondo Aurora fué siempre buena.

—Lo sé. Su corazón está reñido con el mal. Vaya ahora allá, al casino, y vigile. Yo iré pronto — respondió Jerome.

Rodney se dirigió al casino y encontró a Ewing quien le invitó a beber unas copas en uno de los reservados. Rodney se

negó, pretendiendo que tenía que ir en busca de su hermana que bailaba en otra sala cercana, pero tanto insistió su antiguo amigo, que acabó por acceder.

Le dió a beber absenta en tal cantidad, que poco después Rodney dormía como un tronco.

Ewing, sonriente por haberse desembarazado de aquel estorbo, se dirigió a la sala de baile donde Aurora realizaba la comedia del mal.

—Oiga, Aurora — le dijo—. Rodney ha sufrido una recaída grave y he pensado que tal vez quisiera usted ira a verlo en seguida. Está en mi casa.

—¡Pobre Rodney! — gimió ella—. ¡Lléveme en seguida a donde esté!

Subieron los dos al coche que conducía Domingo. Llegaron hasta la casa de Ewing. Entraron en las habitaciones.

—¡Mi hermano, mi hermano! — decía ella.

Pero nadie había allí. La casa estaba desierta, una sonrisa innoble se reflejó en el rostro de Ewing.

—Todo ha sido una celada — le dijo—. ¡Necesito estar a solas contigo porque te quiero!...

—¿Qué dice, miserable? He caído en una trampa. ¡Déjeme salir!

—¡No, no, eres una tigrecilla! ¡Una tigrecilla que no ha encontrado todavía su domador! ¡Pero yo te domaré, te cortaré

las uñas... y haré que te arrastres sumisa a mis pies!

Descorchó una botella y comenzó a beber... Y Aurora temblaba ante aquel malvado.

Entretanto Jerome había vuelto al casino. Acababa de tomar la determinación, después de sostener violenta disputa con su hermano, de llevarse a Aurora. Esta era una mujer digna y no merecía que se arrastrase por el fango.

Buscó en vano a Aurora y a Rodney. ¿Dónde estaban?

Por fin encontró a Rodney durmiendo ante una mesa, en uno de los reservados.

Le despertó brutalmente:

—¿Tendré que arrepentirme de haber confiado en usted, Rodney? — le dijo—. ¿Dónde está Aurora?

El sólo pudo articular una palabra con el aturdimiento del alcohol.

—Ewing — dijo.

Este nombre hizo sospechar a Jerome. Dejó a Rodney y salió a la calle. Viendo a Domingo que estaba ante la taberna, le dijo:

—¿Llevaste por casualidad al señor Ewing con una señora?

—¡Se fueron en un coche! ¡Y el único coche que hay en este pueblo es el mío!

—Pues a escape, acompáñame a donde los llevaste.

Le hizo subir en su automóvil y cinco

minutos después llegaban ante la casa de Ewing.

Jerome descendió furioso, acercóse a la puerta y escuchó gritos de auxilio. Los profería Aurora que luchaba impetuosamente contra Ewing que, alcoholizado, pretendía besarla.

Jerome saltó por una ventana y revólver en mano entró en la habitación.

Ewing, al verle, lanzó un rugido y disparó contra él. Pero Jerome contestó a la agresión disparando a su vez e hiriéndole en un brazo.

Y luego, cogiendo a Aurora que estaba casi desvanecida, se la llevó lejos de allí.

Montó en el automóvil y partió a gran velocidad, después de haber hecho descender a Domingo.

—Jerome — murmuró ella volviendo a la vida con el aire fresco del camino.

—He llegado a tiempo de salvarla — dijo él—. ¡Aquel Ewing miserable!...

—¿Le ha matado usted?

—No le hice más que un rasguño insignificante, pero que le dejará una marca en el cuerpo y en la memoria.

Marchaban velozmente... por la carretera.

Ella reaccionó y dijo de pronto:

—¡Pero este no es el camino de mi casa! Por Dios, Jerome, ¿a dónde me lleva usted?

El la miró con inmenso amor.

—¿Adonde? ¡A casarme con usted ahora mismo! ¡Porque la quiero, Aurora!

—Pero, ¿tendrá usted valor de casarse conmigo sabiendo todo lo que dice la gente de mí, después de todo lo ocurrido?

—Aurora, amor mío. Sé que eres buena y te quiero. Te defendí en el "Ratón Rojo", ¿te acuerdas? ¡Y me pelearé por ti hasta el último día de mi vida! Nadie nos separará. Tú no eres la danzarina de Montmartre. Tú eres la esposa de Jerome.

Ella se reclinó en su hombro, y Jerome aceleró la marcha hacia la dicha.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

La deliciosa novela

VECINOS INCOMPATIBLES

por 4 reputados artistas de la Metro-Goldwyn

Ha salido la segunda edición de

BEN-HUR

por Ramón Novarro, y sigue el éxito de

EL DEMONIO Y LA CARNE

Ediciones
BISTAGNE